

PERVIVENCIA, MUTACIÓN, IMPREGNACIÓN. ANÁLISIS CRÍTICO DEL CONCEPTO DE *IDEOLOGÍA* DE CARLOS IGNACIO MASSINI CORREAS

Por HÉCTOR GHIRETTI*

1. Preliminar

Impugnada y pretendidamente erradicada en el ámbito principal de la praxis política, omnipresente y hegemónica en el de las ciencias sociales, la ideología parece un fenómeno intelectual y social del que ni se puede prescindir ni resulta razonable absolutizar. Las tesis principales de Carlos Massini sobre las ideologías se sostienen sin mayores objeciones pero resulta imprescindible analizar algunos elementos que parecen haber remitido o mutado en sus versiones contemporáneas, estudiar una redefinición del concepto en virtud de los elementos desplegados por el autor y considerar finalmente si resulta posible, en las actuales condiciones, una rehabilitación de la razón práctica o para decirlo directamente, de la razón política en su concepción clásica.

2. Un asunto aparentemente olvidado

La ideología es un tema que no parece recibir mucha atención por parte de las ciencias humanas y sociales de hoy. La tuvo un día, pero se ha desplazado a otros objetos. Si se mira al escenario político se advierte que conforme a la célebre tesis del fin de las ideologías, los actores políticos (al menos la mayoría de ellos, los más relevantes: hacia los extremos y en los márgenes, las ideologías florecen) parecen haberse desembarazado definitivamente de esos molestos corsés de la razón especulativa y presumen de llevar a cabo una acción sobre problemas concretos, para aportar soluciones concretas. En consecuencia no se preguntan demasiado

* Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina. Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza).

si existen varias formas para resolver esos problemas, si esos problemas tienen relación con visiones más amplias de la realidad o si la comprensión de ese aspecto de la vida política o social en términos de *problema* tiene un origen no totalmente determinado por la realidad misma.

Si se atiende, en cambio, a las ciencias sociales, se advierte que desde que se generalizó la perspectiva del *giro lingüístico* de la filosofía, en el que el discurso pasó a ser el objeto de estudio prioritario, desplazando en consecuencia del foco de análisis a la realidad a la que se refieren, la ideología es una presencia absoluta, total, respecto de la cual no parece existir un *afuera*, un campo externo que permita observarla en su conjunto. Para las ciencias sociales toda estructura de ideas, creencias, juicios y preceptos que corresponde a una época, a un lugar, a una sociedad, una cultura o una institución determinados constituye una ideología: eso parece fuera de cuestión.

Desde esta perspectiva todo juicio o discurso que se pretenda externo a una ideología determinada no es más que una relación de interacción entre ideologías. En este sentido la distinción entre «ciencia» e «ideología» no es más que un recurso propio de la sociología del conocimiento destinado a evitar impugnaciones derivadas del ya mencionado giro lingüístico, cayendo en definitiva bajo la sospecha de que quienes identifican y analizan las construcciones ideológicas como objetos de estudio que no los comprenden como parte integrante, lo hacen en virtud de una limitación ideológica (la ideología cientificista) que no pueden trascender.

La política ignora la ideología, se presenta (engañosamente) liberada de ella. La ciencia social por su parte está apresada dentro de sus laberintos, no puede salir de ellos, ni siguiendo sus vericuetos ni –como recomendaba Leopoldo Marechal– por arriba. No es un dato precisamente auspicioso el hecho de que ni en la política ni en las ciencias sociales se pregunten en profundidad por ella. Otra razón más para estudiar el fatal divorcio entre la ciencia y la política, que no hace sino ensancharse cada día. *Eppur si muove*: la ideología existe. No es todo, pero tampoco nada: es algo. En la actualidad constituye un elemento de comprensión y acción, transformación y consolidación social y política de primer orden. Pero sólo es posible comprenderla, analizarla, como objeto diferenciado si conseguimos situarnos en un terreno *externo* a ella, fuera de su alcance y su estructura, desde el cual sea posible observarla en conjunto, apreciar su contorno y su dintorno.

Reinhart Koselleck explicó que una de las características de la presencia del tiempo en el lenguaje político revolucionario es el sustancial incremento de la diferencia entre *experiencia* y *expectativa*. Esta diferencia se verificó en el surgimiento y la consolidación de nuevos conceptos de uso político: esos usos se articulaban a partir de una noción de cambio de las condiciones imperantes, fundada en la anticipación de un futuro del cual no se poseía experiencia. Entre esos usos,

el autor señala la posibilidad de criticar/impugnar/descalificar al oponente político en términos de «ideólogo»¹.

El autor señala con acierto esta particularidad de la lucha política en la época contemporánea. Lo que no dice es si en las condiciones imperantes, esa característica es suprimible o puede ignorarse. En un universo en el que la contienda por el poder no es un estricto enfrentamiento entre personas o grupos de poder (como sucedía usualmente en los tiempos del Antiguo Régimen) sino (al menos en el plano del discurso) entre diversas formas de concebir el orden político, económico o social, la *crítica de la ideología* deviene imprescindible. La distinción entre discursos verdaderos o falsos, adecuados o inadecuados, buenos o malos sigue siendo necesaria para la acción política, tanto en su aspecto práctico como en su fase técnica.

Por esta razón los trabajos de esclarecimiento en torno al concepto de ideología de Carlos Ignacio Massini siguen teniendo total vigencia. Publicados hacia fines de la década de los setenta y principios de los ochenta, reflejan una preocupación propia de su tiempo, que va desde los primeros diagnósticos en torno al *fin o la muerte de las ideologías*² hacia finales de la década del cincuenta y primeros años de los sesenta, hasta el último episodio de la Guerra Fría y la formulación de una nueva tesis sobre la desaparición de la ideología, esta vez trasuntada en el *fin de la Historia*³. El período definido, no obstante, coincidió en muchos países de Occidente con el recrudecimiento de la confrontación ideológica, al punto de transformarse frecuentemente en lucha armada y en guerra civil⁴.

1. Reinhart KOSELLECK, «Time and Revolutionary Language», en Reiner SCHÜRMAN, *The Public Realm. Essays on Discursive Types in Political Philosophy*, Albany, State University of New York Press, 1989, pp. 304-305.

2. Esta tesis se halla desperdigada en varios libros y autores, pero puede encontrarse una temprana y completa síntesis crítica en Luis GÓMEZ DE ARANDA, *El tema de las ideologías*, Madrid, Europa, 1966, pp. 19-28.

3. Francis FUKUYAMA, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Paneta, 1992.

4. La literatura sobre la ideología que se produjo en esa época parece haber respondido masivamente y desde diversas perspectivas a la refutación de las tesis de la muerte o la declinación de las ideologías. Entre fines de la década de 1970 y la mitad de la siguiente se produjeron textos realmente interesantes, que desarrollaron el concepto de ideología en diversos sentidos. Pueden contarse varios textos contemporáneos al de Massini. Desde el punto de vista de la psicología social puede mencionarse a Gerardo PASTOR RAMOS, *Ideologías. Su medición psicosocial*, Barcelona, Herder, 1986. Un texto clave es el de Paul RICOEUR, *Lectures on Ideology and Utopia*, New York, Columbia University Press, 1986. En el campo marxista se encuentra la obra de Nicholas ABERCROMBIE, Stephen HILL y Bryan S. TURNER, *The Dominant Ideology Thesis*, London, George Allen and Unwin, 1980. También en el marxismo puede mencionarse la obra de István MÉSZÁROS, *Philosophy, Ideology and Social Science*, New York, St Martin's Press, 1986. Desde una perspectiva tributaria de la

El título del libro publicado en 1984 debe comprenderse en el marco de su época: se anunciaba la idea del «renacer de las ideologías» en virtud de la difundida idea de su muerte o declinación⁵. Pero en realidad, la tesis central del texto es la continuidad o pervivencia del elemento ideológico en la política contemporánea, no de una reaparición o un nuevo surgimiento⁶. Los textos de Massini dedicados a la filosofía política podrían calificarse de juveniles, concebidos al calor del compromiso político y también de las confrontaciones en el plano teórico que se vivían a mediados de los años ochenta. En este sentido se advierte asimismo que su perspectiva se encuentra, a nuestro juicio, totalmente alineada con la tradición filosófica a la que pertenece.

Para su adecuada comprensión resultan imprescindibles las notas de contexto. A mediados de la década de 1980, en el escenario internacional la confrontación bipolar transitaba por su último clímax, inmediatamente anterior a su remisión (para sorpresa y desconcierto de muchos analistas) con la crisis desencadenada en Europa Oriental, que dio lugar a los fenómenos de la *glasnost* y la *perestroika*, y que terminaron con el colapso de la Unión Soviética y la desarticulación del bloque soviético. Contemporáneamente, en algunos países de la periferia como la Argentina, se iniciaba un proceso de restitución del régimen democrático en circunstancias muy particulares, creadas a partir de la dura confrontación ideológica de las dos décadas anteriores, que reconoció sus extremos en la lucha armada y el terrorismo revolucionario por un lado, y la represión ilegal y el terrorismo de Estado por el otro.

No es usual que los contrincantes revisen sus posiciones, motivaciones y creencias en medio del fragor de la lucha. Concluida la lucha armada derivada de la

filosofía política clásica y la historia del pensamiento político, Karl Dietrich BRACHER, *Zeit der Ideologien: Eine Geschichte politischen Denkens im 20. Jahrhundert*, Darmstadt, DVA, 1982. También Kenneth MAGUIRE, *Alien Powers. The Pure Theory of Ideology*, London, Weidenfeld & Nicolson, 1985. Desde la ciencia política, Robert ECCLESHALL, Vincent GEOGHEGAN, Richard JAY y Rick WALFORD, *Political Ideologies. An Introduction*, London, Unwin Hyman, 1984. La mayoría de estas obras posee su traducción al español, lo que revela el interés por la discusión en torno a la ideología (las ideologías) en el ámbito de discusión hispanoamericano. Sería interesante investigar hasta qué punto la recepción en la periferia de estas obras –más las que se produjeron en ese contexto– estuvo signada por la violencia persistente de la confrontación ideológica.

5. Carlos Ignacio MASSINI, *El renacer de las ideologías*, Mendoza, Idearium, 1984.

6. En el presente libro vamos a sostener todo lo contrario: que el “fin” o la “muerte” sólo puede predicarse, hoy en día de ciertas ideologías concretas y no de la mentalidad ideológica en cuanto tal; que esta última responde a una tentación permanente en el espíritu del hombre occidental, que adquiere a partir de la Edad Moderna un perfil particular y característico: el de las “ideologías” en sentido estricto» (*ibid.*, pp. 14-15).

confrontación ideológica, es posible que se dieran finalmente las condiciones para analizar con detenimiento los factores causantes del conflicto. Pero además, se dio la particularidad histórica de que en la Argentina de la transición democrática la confrontación ideológica prosiguió, aunque transmutada de signo y de modalidades, adaptándose a la «guerra de posiciones»⁷, brillante metáfora con la que el pensador marxista Antonio Gramsci ilustrara su idea de lucha por el poder en el ámbito de las democracias occidentales. En un contexto de vigencia de las instituciones y el Estado de Derecho, la pugna por la hegemonía política, económica y cultural adoptó en la Argentina las tendencias y las formulaciones de los países centrales.

Resulta necesario plantearse la revisión de los textos de Massini concebidos en esas circunstancias. Sus tesis principales se sostienen sin mayores objeciones pero resulta imprescindible analizar algunos elementos que parecen haber remitido o mutado en las ideologías contemporáneas, estudiar una redefinición del concepto en virtud de los elementos desplegados por el autor y considerar finalmente si resulta posible, en las actuales condiciones, una rehabilitación de la razón práctica o para decirlo directamente, de la razón política en su concepción clásica. En este sentido el presente texto quisiera ser no solamente una entusiasta invitación a la lectura (o relectura) de los textos de Carlos Massini sobre filosofía política, sino también un diálogo con sus postulados y eventualmente un complemento de actualización y cuestionamiento de esa obra.

3. Conceptos de ideología

Lo primero que se advierte en *El renacer de las ideologías* es que no obstante su formalidad académica, su solidez teórica y el abundante apoyo bibliográfico sobre el que se sustenta, se trata de un texto combativo, polemizante, en el que se impugna deliberadamente la ideología como construcción teórica inadecuada o impropcedente en el plano del pensamiento y la acción política. Tal impugnación se realiza desde la perspectiva de la filosofía política clásica. En esta línea, el autor delinea una sucinta pero eficaz taxonomía de conceptos de ideología, comprensible si se atiende al carácter general antes señalado del texto, pero que resulta imprescindible matizar, poniendo las clases o tipos distinguidos en una nueva relación.

Dentro de la clasificación de los intentos por definir el concepto de ideología, se descarta casi en el acto y sin discusión la acepción original o *histórica* del término, propuesto por Destutt de Tracy, como un falso inicio o proyecto frustrado:

7. El concepto de *guerra de posiciones* es desarrollado en varios pasajes de la obra de Gramsci. Una buena síntesis, con las referencias bibliográficas correspondientes, puede encontrarse en Umberto CERRONI, *Lessico gramsciano*, Roma, Editori Riuniti, 1979, p. 40.

la ciencia de la ideología se proponía explicar y describir el origen de las ideas⁸. Lo cierto es que, a pesar de la descalificación de plano de Massini y sin perder de vista que el fundamento filosófico del proyecto originario –de matriz sensualista y empírica– se ha modificado sustancialmente, parece ser el concepto dominante en las ciencias sociales de la actualidad.

Este concepto ha tenido su continuidad –mediada por la acepción marxista del término– en las definiciones que el autor denomina *sociológicas*⁹. De hecho, en las últimas décadas han proliferado los estudios sobre la ideología de determinados actores y grupos sociales o políticos, instituciones o épocas históricas. Los aportes que esta perspectiva ha hecho a la comprensión del fenómeno ideológico no pueden ponerse en duda. Existe un concepto difuso y lábil de ideología, que definiría a todo sistema de ideas, razonamientos y creencias, propios de entornos o grupos sociales. Aún asumiendo las limitaciones de la acepción sociológica, que señala acertadamente Massini¹⁰, tiene bien ganado su derecho a calificar determinados fenómenos sociales, aún cuando se aleje del concepto propuesto por el autor. La ideología, en este sentido, no es un sistema exclusivo de pequeños grupos sociales radicalizados, como podría desprenderse de la definición de Massini, sino de una realidad sociocultural más extensa.

En un arco polisémico del término «ideología» puede decirse que las acepciones sociológicas ocupan el extremo *descriptivo*, mientras que en el otro se encontrarían en el *impugnatorio* (en el sentido definido por Koselleck) que es donde se sitúan las acepciones que Massini, siguiendo a otros autores, define como *cesarista* y *marxista*, aportando una tercera: *conservadora*. Tanto la tesis cesarista (planteada originariamente por Napoleón Bonaparte) como la conservadora, a las que Massini define como *realista* entienden la ideología como una «especulación puramente ideal, como esquemas racionalistas y utópicamente optimistas de organización social»¹¹.

8. Carlos Ignacio MASSINI, *El renacer de las ideologías*, cit., p. 18.

9. *Ibid.*, p. 23.

10. «Los “sociólogos del conocimiento” adoptan un concepto “total” de ideología: todo conocimiento es “ideológico”, aún el pretendidamente “científico” y por lo tanto se encuentra dominado socialmente. La tarea de la “sociología del conocimiento” es estudiar los modos y estructuras de esta determinación, develando el carácter dependiente o derivado de cada sistema de ideas. Por supuesto que, como sucede con todo relativismo, la idea central de la “sociología del conocimiento” es indefendible; en efecto, de ser verdadera, tal como sucede con todas las ideas, resultaría determinada por una cierta situación social; y si esto es así, no puede ser ni verdadera ni falsa, ya que es sólo un elemento funcional de una estructura de la sociedad» (*ibid.*, p. 25).

11. *Ibid.*, p. 29.

Ambas coinciden en su «falsedad radical, toda vez que la realidad discurre por cauces distintos a aquellos de las ideologías»¹².

De las acepciones impugnatorias la marxista, por su parte, parece la más cercana a la tesis sociológica, al establecer relaciones de causalidad e implicación entre ideología y realidad. Pero es en razón de que para el marxismo la ideología es un sistema de ideas y creencias que cumple el propósito de enmascarar, reforzar y legitimar las relaciones de producción en sus efectos de alienación y explotación, que cae bajo la impugnación de *falsa conciencia* y puede por tanto vincularse a las acepciones conservadoras o cesaristas¹³.

Podría decirse, entonces, que existe una continuidad en las definiciones identificadas por Massini, que van de cierto sistema genérico de ideas y creencias –que será preciso acotar– a la compleja estructura definida por el autor y que más adelante analizaremos: un concepto *mínimo* y otro *máximo* de ideología. Esta continuidad y coimplicación de las diferentes acepciones del término sirven para situar adecuadamente la propuesta de redefinición de Massini, así como también para comprender mejor la evolución de las ideologías en las últimas décadas, y también la comprensión que se tiene del fenómeno.

4. El concepto propuesto por Massini

La definición de ideología del autor es explícitamente tributaria de las acepciones que califica de *realistas*. La caracterización que desarrolla se funda en «las notas más características y acusadas de cada sistema ideológico»¹⁴.

«En otras palabras, cada ideología será observada en su formulación originaria o más extrema, sin tomar en cuenta, sino ocasionalmente, la inevitable mixtura de los elementos ideológicos con datos de la concreta realidad política o con elementos de otra ideología»¹⁵.

Massini describe un *tipo extremo*, construido a partir de elementos más característicos de los sistemas ideológicos, adoptando así una metodología tradicional en las ciencias sociales y la filosofía política. Este tipo extremo, que es una forma de componer tipos ideales, se define a partir de los elementos que la componen: *racionalismo*, *monismo*, *maniqueísmo*, *optimismo antropológico*

12. *Ibid.* Entendemos sobre este punto que si nos ceñimos a lo expuesto por el autor, la distinción entre tesis cesarista y conservadora es mayormente artificiosa.

13. *Ibid.*

14. *Ibid.*, p. 31.

15. *Ibid.*

y *milenarismo*¹⁶. Se combinan en este concepto de ideología componentes que provienen de la concepción moderna y patrones de pensamiento que tienen raíces antiguas y medievales. Esto le permite formular un concepto bien delimitado.

«Se llama ideología a un conjunto de ideas acerca de la vida social de los hombres, estructurado sistemáticamente en un esfuerzo exclusivamente racional, simplista y maniqueo, que propone a los hombres un proyecto de salvación colectiva y absoluta, a realizarse íntegramente en esta tierra, aquende la muerte»¹⁷.

Como podrá verse más adelante, el autor completa esta definición con precisiones adicionales: «ideologías son sistemas pretendidamente científicos de ideas políticas, que expresan una soteriología puramente inmanente»¹⁸. La componente científica o científicista presente en el pensamiento ideológico es fundamental para caracterizar las modalidades clásicas o canónicas de ideología, puesto que lo vincula estrechamente con la concepción moderna de la técnica.

A esta definición propuesta sería preciso añadir el primer momento del racionalismo ideológico, que es el de la *crítica e impugnación* al orden existente, y sin el cual el momento constructivo no tendría sentido: no hay prescriptividad sin crítica previa. Pero el concepto de ideología propuesto por Massini, aún con las precisiones y complementos que aquí se plantean, se torna problemático si se lo somete a un doble análisis: el de la *ideología legitimante* y el de la *secularización*.

La ideología como formulación prescriptiva o legitimante

Limitar la ideología a una modalidad de pensamiento estrictamente prescriptiva, como mero proyecto de reforma social, irremediablemente constreñido a una condición *in nuce*, no encarnado en la realidad, sin considerar las consecuencias de su aplicación, equivale a desactivarlo como factor (problemático) de transformación social y hace superfluo tanto su análisis crítico como su impugnación. Uno de los aportes del marxismo al concepto de ideología es explicarlo en términos de una superestructura de ideas y creencias que reafirma/oculta /legitima la estructura de dominación. La ideología puede o no ser, desde este punto de vista, un *proyecto*, puede tener una función prescriptiva, pero esencialmente lo que hace es consolidar un estado de las cosas, explicándolo y justificándolo: naturalizándolo¹⁹.

16. *Ibid.*, pp. 32-48.

17. *Ibid.* pp. 50-51.

18. *Ibid.*, p. 77.

19. En este punto disentimos con el autor, que afirma categóricamente que «el carácter de “simulador” o “encubridor” que se atribuye, desde Marx, al pensamiento ideológico, no es esencial a él; puede decirse que es una consecuencia del choque racionalista con las realidades de la política, en las que los intereses económicos, sociales o estrictamente

En este sentido puede decirse que el liberalismo, en sus formulaciones iniciales, *no* tiene su origen en un proyecto de orden social salvífico secularizado, sino en la legitimación de un orden social y político en el que el poder tendía a concentrarse exclusivamente en los nuevos propietarios de los medios de producción. Tal modalidad de la ideología –en tanto que sistema de ideas y creencias legitimante de un orden social y político determinado– no ha hecho más que crecer y desarrollarse.

Otro buen ejemplo es el del sistema democrático, cuya legitimidad descansa en un cúmulo de principios que usualmente tienen un fundamento más que discutible en el orden político concreto y la práctica real del poder. Se trata esencialmente de una construcción ideológica legitimante. Tal como intuyera agudamente Juan Jacobo Rousseau, la legitimidad democrática no depende tanto de las formas reales de organización y ejercicio del poder como de las creencias compartidas y aceptadas en torno a la soberanía popular.

Revisar el confinamiento de la ideología a su momento prescriptivo, como estamos haciendo aquí, implica revisar también el *optimismo antropológico* que Massini señala como nota característica de la ideología. Con ciertas reservas (puesto que en el caso del nacionalismo y la democracia el sujeto central dominante es un colectivo) puede concederse (con reservas) que, en la medida en que el despliegue de la ideología es fruto de un ideal de emancipación individual en diversas formas y expresiones, existe una concepción de fondo que afirma la bondad natural del hombre.

Pero esta tesis se torna problemática en la medida en que las ideologías se ponen en práctica. Es frecuente que éstas, en virtud de sus propósitos de reforma moral, social y económica, se encarnen en regímenes totalitarios, los cuales al experimentar la resistencia de la realidad y el consiguiente fracaso, prolongan e intensifican los métodos de disciplinamiento, control y represión, en función del temor y la desconfianza de la libertad individual, siempre resistente a los proyectos forzados de reforma social.

Del optimismo se pasa al pesimismo antropológico. Es interesante observar de qué forma los regímenes revolucionarios que confían en imponer el reino de la Virtud en la nueva sociedad terminan desarrollando aparatos represivos sin márgenes para la libertad individual, en el que el único agente que actúa virtuosamente es el Estado: de la Virtud se pasa al miedo²⁰. Y no es en absoluto

políticos, juegan un papel principal» (Carlos Ignacio MASSINI, *op. cit.*, p. 49). No es esencial, efectivamente, del mismo modo que la *modalidad prescriptiva* a la que Massini constriñe el pensamiento ideológico tampoco lo es. Crítica/prescriptividad y legitimación/«explicación» son las dos configuraciones posibles de la ideología.

20. Claudia HILB, *Silencio, Cuba. La izquierda democrática frente al régimen de la Revolución Cubana*, Buenos Aires, Edhasa, 2010, pp. 106-110.

porque estos regímenes hayan perdido su naturaleza *ideológica*, sino porque el optimismo antropológico es propio de ciertas formas de ideología y/o de ciertos estadios de desarrollo del pensamiento ideológico. La definición de la ideología en su forma extrema, tal como la define Massini, se torna teóricamente inestable, vulnerable a la crítica.

El proceso de secularización occidental

Por otra parte, los componentes de la ideología que en la tesis de Massini provienen de una matriz espiritualista-religiosa –el *milenarismo* y sus núcleos asociados: el *gnosticismo*, el *mesianismo* y la tendencia a la *soteriología*– no parecen haber resistido bien el embate del proceso de la secularización occidental. En su versión contemporánea, la ideología se presenta casi totalmente despojada de esos elementos, que respondían a un proceso de secularización en un grado bastante menos avanzado.

Es probable que la última expresión del carácter salvífico de las ideologías en su apogeo hayan sido las tesis, continuadoras del proyecto ilustrado, de la superación definitiva del conflicto social a través del diálogo y la formación del consenso. Persiste en ellas un soplo de utopía que aún cree en la emancipación del individuo. Esas tesis, que tuvieron su auge en el periodo que coincidió con los últimos estertores de la guerra fría y el colapso del bloque soviético y que constituían una reelaboración fuertemente académica, intelectualizante y progresista del liberalismo como horizonte de convergencia y conciliación de un mundo globalizado, sufrieron la radical contestación de los nuevos conflictos surgidos en el orden mundial unipolar.

En la actualidad más reciente, las ideologías adquieren principalmente dos formas diversas: como construcciones teóricas que tienden a la estabilización y la legitimación del orden vigente o como teorías que comprenden el cambio social en términos de conflicto. En un contexto social que se concibe como constitutivamente conflictivo parece haber poco lugar para proyecciones salvíficas o soteriológicas, que asumen como presupuesto necesario la superación definitiva de las contradicciones. Dentro de las ideologías conflictivistas cabe mencionar las *ideologías de la crítica*, que afirman contribuir a la emancipación de los pueblos, los individuos y las sociedades a través de un discurso analítico deconstruccionista.

En sus formas contemporáneas, la ideología se presenta fuertemente secularizada, desprovista de sus antiguos arrestos mesiánicos o soteriológicos. No son solamente las creencias en un mundo sobrenatural, en una voluntad divina, las que sucumben bajo el proceso de secularización, sino también las concepciones que subsisten despojadas de su sentido y fundamento original pero dentro de una filosofía de la historia immanente, una esperanza de salvación o redención de la Humanidad en este mundo.

Una cultura o civilización desprovista de un sentido propio de trascendencia pero confiada en una redención del género humano aquí en la tierra es, en definitiva, una cultura o civilización secularizada a medias. Si Josef Pieper tiene razón cuando afirma que toda comunidad fraternal de hombres, todo proyecto de sociedad perfecta participa de la esperanza esencial del Cristianismo²¹, entonces la secularización profunda debería conducir a una crisis radical de expectativas, a un *fin de la esperanza*: en su mayoría, las ideologías del siglo XXI parecen haberla perdido, al menos tal como la preservaban las ideologías clásicas de los siglos anteriores.

5. La ideología hoy

Declinación y marginalidad actual del marxismo

El analogado principal a partir del cual Massini define su concepto de ideología es el marxismo²². En la perspectiva del autor citado, éste constituye la manifestación más perfecta del pensamiento ideológico, la expresión máxima de su sofisticación, el *non plus ultra*. No obstante, en el marxismo históricamente coexistieron diversas tendencias, cuyas diferencias respondían en muchas ocasiones a las diferentes interpretaciones, las propias contradicciones, las evoluciones de perspectiva y también los hiatos teóricos en la obra de su fundador.

Esta comprobación sitúa al marxismo como tradición de pensamiento en un horizonte esencialmente problemático, en una *crisis permanente*, de imposible estabilización o normalización. Esta crisis permanente del marxismo se profundizaría en cuanto muchos de sus pensadores estuvieron en condiciones de someter a una crítica marxista al denominado *socialismo realmente existente*. Esto sucedió a partir de las primeras medidas de estabilización de la revolución bolchevique, pero recién tomó fuerza en todo Occidente avanzada la segunda posguerra, cuando quedó en evidencia la naturaleza totalitaria y burocrática del estalinismo y empezó a resquebrajarse la unidad del bloque socialista y el vínculo disciplinario de los partidos comunistas occidentales.

21. Josef PIEPER, *Esperanza e historia*, Salamanca, Sígueme, 1968, pp. 108-110. Sobre este asunto puede verse asimismo Héctor GHIRETTI, «Cristianismo e izquierda. Claves para la introducción a una relación compleja», *Nostramo. Revista crítica latinoamericana* (México), año V, n. 6 (2013), pp. 115-125.

22. Carlos Ignacio MASSINI, *El renacer de las ideologías*, cit., p. 84.

El potencial de generación ideológica de la tradición del pensamiento marxista parece agotarse definitivamente hacia la década del setenta. Los movimientos revolucionarios que inspiró en esos tiempos carecen ya del impulso milenarista y palingenético de otros tiempos. El colapso del socialismo en Europa Oriental, acontecido a finales de la década de 1980 confirma en el plano de los hechos la bancarrota teórica. El texto de Massini precede en unos pocos años a la crisis terminal del socialismo real.

Residualmente, el marxismo subsiste como crítica, cada vez más encastillado en su carácter de *teoría de la sospecha*, y su fecundidad ideológica se limita a producir formas derivadas de ideología, como la *teoría de la comunicación libre de dominio*, que propusiera Jürgen Habermas²³, pensador y sociólogo formado en la escuela de Frankfurt y que inspirara a no pocos científicos sociales, educadores y políticos de todo el mundo, que creyeron encontrar en esas teorías las respuestas a los problemas planteados por el proceso de modernización, el sistema democrático y el proyecto ilustrado de emancipación individual. En realidad, se trata de modelos teóricos producidos en contextos socioculturales muy concretos que son comprendidos y aplicados *ideológicamente* en otras latitudes.

La crisis del pensamiento marxista y su potencial ideológico dejó como herencia, por un lado, una modalidad general en los ambientes académicos centrada en la *crítica*, la *deconstrucción* y el procesamiento desenmascarador de una realidad que invariablemente se presenta como engañosa y alienante. En ciertos ambientes se ha generalizado en la actualidad una verdadera *ideología de la crítica*, que se presenta como una herramienta insuperable e insustituible al servicio de la emancipación de los individuos y las sociedades.

Los restos propiamente ideológicos del marxismo que subsisten en el universo de las identidades políticas aparecen igualmente desprovistos del rígido *corpus* materialista, dialéctico y revolucionario de la doctrina originaria y permanecen como matriz de conflictos políticos o sociales, combinados con elementos identitarios diversos, tradicionales o no, como religiones, etnias, culturas y subculturas, género o medio ambiente.

Regeneración del liberalismo

Concluir que en razón de la decadencia teórica del marxismo la ideología sufre un proceso paralelo de debilitamiento supone un grave error. La desaparición de la capacidad creadora del marxismo, de formalización de nuevos modos de organización social, no ha hecho sino producir una regresión a las formas de la ideología liberal, remozadas con nuevos aportes. Ésta, por su parte, ha tenido sus propios desarrollos y actualizaciones, como por ejemplo la ideología de mercado,

23. Jürgen HABERMAS, *Teoría de la acción comunicativa*, Buenos Aires, Taurus, 1981.

cuya presencia académica y creciente dominio en la opinión pública advirtiera John Kenneth Galbraith a fines de la década de 1940 pero que recién adquirió fuerza a principios de la década de 1980²⁴; y, estrechamente relacionadas con las ideologías de mercado, las formas empresariales de gobierno y administración aplicadas a la política y el Estado²⁵.

Puede decirse que al perder vigencia el marxismo –la forma con que adquirió su máxima articulación, caracterización y desarrollo– la ideología fue retirándose y reintegrándose a la matriz de la que salió, al molde que le dio origen. Los presupuestos teóricos del marxismo quedaron así en evidencia: dialéctica Individuo-Estado, centralidad de las relaciones materiales, economicismo, contractualismo.

El liberalismo tuvo asimismo sus intelectuales que trabajaron sobre modelos teóricos que fueron recibidos y aplicados como esquemas propicios para la organización social y toma de decisiones. Es el caso de John Rawls²⁶, quien desarrolló un modelo de condiciones ideales para impartir justicia. El potencial ideológico ha sido relativamente marginal, pero ha tenido una enorme repercusión en el mundo académico.

Las tesis de Habermas y de Rawls, que tuvieron una enorme difusión y tratamiento durante las décadas de 1980 y 1990 y que probablemente hayan sido tributarias implícitas de las tesis del fin de las ideologías, hoy parecen haber perdido sustancialmente el poder de atracción e inspiración, junto con las teorías del consenso en general, para dar lugar a una reconsideración y rehabilitación teórica del *conflicto*, en especial después del resurgimiento de una nueva época confrontaciones políticas, económicas, sociales e internacionales en los albores del siglo XXI²⁷.

6. Una definición *mínima* de ideología

Como se ha intentado mostrar, la definición de Massini se ubica en un extremo de máxima especificidad y diferenciación. En el extremo opuesto del espectro

24. John Kenneth GALBRAITH, *The Affluent Society*, 3ª ed., Harmondsworth, Penguin Books, 1979, p. 10.

25. David OSBORNE y Ted GAEBLER, *La reinvencción del gobierno. La influencia del espíritu empresarial en el sector público*, Barcelona, Paidós, 1994.

26. John RAWLS, *Teoría de la justicia*, México, FCE, 1985.

27. La teoría política y social occidental de los últimos cincuenta años es en su mayoría parte de lo que hemos denominado en otro trabajo el *pensamiento de la opulencia*, y ha sido desarrollado en contextos políticos y económicos de superación de la escasez como puede verse en los países centrales. En países la periferia, es decir en sociedades de la escasez, la recepción de estas teorías se ha dado mayormente en términos de ideologías. Héctor GHIRETTI, *Pensamiento de la escasez y pensamiento opulento. O los intelectuales en las sociedades de la precariedad*. En prensa.

se concibe a la ideología como todo sistema de ideas y creencias, de forma indiscriminada. El autor citado ha señalado con acierto los inconvenientes para ampliar el concepto de ideología hasta esos límites, así como también los primeros intentos para definirlo.

Pero resulta claro que el tipo extremo de ideología, tal como lo define Massini, necesita un ajuste o reconceptualización. La alternativa sería dictaminar la muerte o declinación de las ideologías, algo respecto de lo que el propio autor seguramente estaría en desacuerdo, tres décadas después de la publicación de su obra. A fin de cuentas, las ideologías «seguirán vivas y actuantes mientras perduren las condiciones que hicieron posible su aparición histórica y mientras prevalezca la actitud espiritual que responde a esa tentación permanente de la inteligencia: la de poseer un conocimiento absoluto y salvador»²⁸.

Si bien es cierto que el «conocimiento absoluto o salvador» es hoy un carácter recesivo en la conformación de las ideologías, nada invita a pensar que estas estén en trance de desaparición. Massini parece anticiparse a la objeción que aquí planteamos, al afirmar que las ideologías se presentan en «inevitable mixtura» con elementos de la realidad o con otras ideologías²⁹. Ahora bien: si el tipo puro, tal como lo define, aparece incompleto o atenuado ¿qué criterio nos permite afirmar que subsiste la ideología o que puede señalarse una *mezcla* entre ideología y realidad? Si el marco conceptual para identificar la ideología es el tipo extremo de Massini, en la realidad contemporánea casi nada se ajusta a él.

En este sentido, nuestra intención es definir un concepto *mínimo* de ideología, que permita clasificar determinados sistemas de ideas y creencias. Para conseguirlo resulta preciso operar una reelaboración a partir de los elementos aportados por las diferentes concepciones, reconocer su fondo común y sus variaciones.

En primer lugar hay que señalar la distinción entre *realidad profunda* y *realidad objetivada*, tal como lo explica Fernando Vallespín:

«¿Qué ha quedado entonces del concepto tradicional de ideología? Como es conocido, el presupuesto básico sobre el que se sustentaba –al menos en su versión marxista– era la existencia de una “realidad” más profunda que la que en cada caso era objetivada. Ello se deriva de la previa distinción entre conciencia y base material, que permitía valerse de un rasero frente al cual medir las distorsiones introducidas por los distintos “lenguajes” y, en último termino, desvelar los intereses que a través de ellos se encubrían. Conseguía satisfacer así dos funciones distintas: una explicativa y otra crítica»³⁰.

28. Carlos Ignacio MASSINI, *El renacer de las ideologías*, cit., p. 15.

29. *Ibid.*, p. 31.

30. Fernando VALLESPÍN, «El pensamiento en la historia: aspectos metodológicos», en Jorge RIEZU MARTÍNEZ y Antonio ROBLES EGEA (eds.), *Historia y pensamiento político*.

En segundo lugar, esta *conciencia* que articula un discurso como expresión de un interés tiene dos finalidades posibles: una de ellas es legitimar un estado de cosas en función de cierto interés y la otra es movilizar una transformación de un estado de cosas en el sentido propuesto por otro interés. La ideología puede ser *descriptiva* o *prescriptiva*. Resulta claro que no es sencillo separar o delinear entre sí estas dos modalidades del pensamiento ideológico.

En tercer lugar, esta conciencia se revela como esencialmente inadecuada tanto para explicar satisfactoriamente el estado real de las cosas como para plantearse transformaciones en el sentido que enuncia. Así, la ideología responde a una representación *impropia* y una lógica *alienada* respecto de la realidad a la que se aplica o pretende aplicarse. Esa falta de adecuación puede ser de diversos tipos:

- un planteamiento utópico/ucrónico que no es capaz de dar cuenta de una realidad problemática, no plantea un cambio razonable de esa realidad o no puede conseguir el cambio que propone;
- una lógica de sistema subordinado aplicada a una realidad mayor o viceversa;
- un sistema de ideas demasiado rígido en un contexto dinámico o viceversa;
- todo sistema concebido para una realidad social o institucional determinada, aplicado directa y acríticamente a otra;
- un planteamiento exclusivamente crítico/deconstructivo de la realidad, con el que se pretende transformarla.

La lista no es exhaustiva: es en este tercer elemento donde comparecen tanto la componente *racionalista* impermeable a los datos de la experiencia y recostada (para usar los conceptos propuestos por Koselleck) sobre las expectativas³¹, como también la componente *técnica*, en tanto que el sistema de ideas responde a una lógica instrumental a la que se le atribuye eficacia, independientemente del ámbito o condiciones de aplicación³².

Una formulación sucinta de nuestra propuesta sería la siguiente: *la ideología es un sistema de ideas y creencias de carácter legitimante o prescriptivo que presenta una inadecuación sustancial respecto de la realidad política o social que pretende explicar o a la que se pretende aplicar.*

Identidad y perspectivas de la Historia de las Ideas Políticas, Granada, Universidad de Granada, 1993, p. 187.

31. Carlos Ignacio MASSINI, *El renacer de las ideologías*, cit., pp. 32-37.

32. *Ibid*, pp. 38-41.

Este concepto mínimo de ideología tiene la virtud de no incurrir en las insolvencias de las definiciones sociológicas –la ideología es un sistema de ideas y creencias diverso de otros, más amplios, como *cultura*, *religión* o *concepción del mundo*; así como también de otros propiamente políticos, como *filosofía política*, *teoría política*, *ciencia política*, *plan de gobierno*, *plataforma política*– y permite incluir las formas más extremas, como la que define Massini. Este concepto mínimo que aquí proponemos tiende a identificarse con el *liberalismo* como forma originaria y matriz común de las ideologías³³.

7. La ideología como fragmento autonomizado

Uno de los aportes del texto de Massini es la reconstrucción sucinta de la génesis histórico-filosófica de la ideología. Es propio del contexto de la tradición de la filosofía católica hacer derivar el fenómeno ideológico de la crisis de la filosofía escolástica medieval y la génesis del pensamiento moderno. Pero esta tesis, que compartimos en su trazos esenciales, incurre en ciertos tópicos que es preciso revisar.

Uno de ellos resulta de pensar que el pensamiento moderno proviene exclusivamente de una *anomalía* o *mutación perversa* de la filosofía cristiana medie-

33. En este sentido no hacemos sino reconducir y desplegar teóricamente un argumento ofrecido por el propio Massini, sobre el liberalismo como ideología originaria. «La selección que hemos efectuado del marxismo como ideología arquetípica, no significa negarle al liberalismo su primacía temporal; indudablemente, la primer ideología que registra la historia de las ideas es la liberal, sobre todo en la versión democratista que reconoce su fuente en el pensamiento de Rousseau y que tuvo un eficaz divulgador en Thomas Paine. El problema que se plantea al presentar al liberalismo como una ideología política radica en que, en sus versiones más actuales, éste ha asimilado una serie de elementos no ideológico a raíz del necesario compromiso con la realidad que supone el ejercicio del gobierno; al haber gobernado efectivamente en varios estados por más de un siglo, los liberales debieron morigerar todos aquellos aspectos de su doctrina que decididamente no se adecuaban a la realidad de las cosas. Además, al ser superado en cuanto ideología por el socialismo y el marxismo, el liberalismo actual se ha transformado en reaccionario, pretendiendo volver las cosas al estado en que se encontraban hace un siglo o, en el mejor de los casos, en conservador, asimilando las ideas de sus originarios oponentes» (*ibid.*, pp. 81-82). Las razones por las cuales el liberalismo debiera ser desestimado como ideología arquetípica, no obstante, no quedan claras en el texto. El autor sostiene que en su comercio con la realidad, el liberalismo pierde su carácter ideológico. Lo cual nos reconduce al problema ya expuesto de la ideología como fórmula prescriptiva y/o legitimante. Pero ¿es que el liberalismo se adapta a la realidad o es la realidad la que se modifica según los postulados de la ideología liberal? ¿La ideología deja de serlo al estructurar efectivamente una nueva realidad? Finalmente ¿no pueden constituirse el pensamiento reaccionario o conservador en formas específicas de ideología?

val: concretamente, el pensamiento nominalista de la escolástica tardía. Son claros, como manifiesta el autor estudiado, los vínculos entre las tradiciones filosóficas de finales de la Edad Media y el despertar de una forma autónoma de saber que desembocará, unos pocos siglos después, en el predominio de la razón técnica. La cuestión clave para desentrañar las causas del pensamiento ideológico está en saber si estos cambios, que se dieron en un grupo de filósofos escolásticos, son su origen exclusivo o si por el contrario son expresión de una tendencia en el pensamiento mucho más vasta, a la que no son ajenas las transformaciones políticas, religiosas, económicas, sociales y culturales de la época.

Como puede verse en los textos de Massini, en los orígenes de la ideología y también en sus componentes esenciales pueden identificarse dos afluentes principales: uno es la religión, otro la ciencia moderna. ¿Cómo se articulan? La condición de posibilidad de la ideología es una cosmovisión completa –que sólo puede ser de orden religioso y salvífico– no cerrada a los desarrollos y aportes de la razón discursiva. Se trata por tanto de una *weltanschauung* religiosa apoyada en una fuerte tradición filosófica, que desarrolla una teología propia y que permite que el conocimiento se despliegue y vaya extendiéndose por toda la realidad. Para decirlo más concretamente, el contexto de aparición y desarrollo de la ideología es el Cristianismo.

A medida que el conocimiento avanza y amplía su comprensión del mundo, descubre las diversas lógicas de la realidad y empieza a poner progresivamente en cuestión esa cosmovisión que es su fundamento. Su fragmentación produce la autonomización de los saberes. Se desprende, de todo esto, que la ideología sólo puede ser un producto derivado de la fragmentación de la concepción *cristiana* del mundo, puesto que es la única que ofrece las bases para su desarrollo.

La desarticulación de la concepción cristiana del mundo transforma la realidad en partes reducidas, en las que el *todo* disminuye su escala y funciona según lógicas específicas, intraducibles e irreducibles a una totalidad integral. El universo pierde su sentido originario como unidad y como creación, y la realidad se presenta en una escala *operable*, susceptible de modificación³⁴. Se desarrolla una mayor conciencia,

34. Massini traza la línea de pensamiento que lleva desde el nominalismo de Ockham a las primeras teorizaciones sobre la moderna concepción del mundo en Descartes, pasando por la formulación de nuevas leyes naturales en Galileo: «A partir de estos pensadores y a través de todo el pensamiento moderno, lo real se aparecerá como un puro objeto cuantificable, como cosa medible matemáticamente y regida por leyes mecánicas que la razón intentará descubrir y formular con exacta precisión. De este modo, conociendo las leyes deterministas de un objeto material calculable, el hombre podrá predecir el curso de los acontecimientos e influir sobre ellos en su provecho. Aquí se encuentra, en definitiva, la esencia de la técnica moderna, esto es, en la vinculación de la actividad productiva con los resultados de la ciencia natural exacta» (Carlos Ignacio MASSINI CORREAS, *La revolución tecnocrática*, Mendoza,

ratificada por la experiencia, de la capacidad de intervención del hombre sobre la naturaleza y el centro del conocimiento se desplaza hacia ese nuevo campo del saber. Nace la técnica moderna.

En otras religiones con ciertas semejanzas a la cristiana, esta posible derivación fue advertida y abortada: es el caso del Islam, que hacia el s. XIII fue bloqueando progresivamente el desarrollo de la teología, que era la condición de posibilidad del despliegue del conocimiento en otros campos y de su inevitable fragmentación³⁵. Si se efectúa una rápida revisión de la implantación de la ideología en otros contextos culturales se advierte que se trata invariablemente de ideologías de raíz occidental o bien de compuestos híbridos entre ideologías occidentales y elementos culturales o religiosos autóctonos, en los muy comunes y más problemáticos maridajes entre *modernidad* (como elemento proveniente de la evolución sociocultural occidental) y *tradición*. Incluso es posible encontrar manifestaciones muy recientes de este fenómeno³⁶.

Esta tesis de la fragmentación del universo cristiano como origen de las ciencias autónomas y causa remota de las ideologías nos permite dar respuesta a un interrogante abierto antes y que sirve para ampliar la perspectiva de explicación propuesta por Massini: las ideologías no proceden exclusivamente de las líneas de

Idearium, 1980, p. 26).

35. Sobre los fundamentos filosóficos, las potencialidades del desarrollo de la teología y las proyecciones políticas y sociales del Cristianismo frente al Judaísmo y el Islam puede verse Ernest L. FORTIN, «Santo Tomás de Aquino», en Leo STRAUSS y Joseph CROUSEY, (compiladores), *Historia de la filosofía política*, México, FCE, 1996, pp. 245-246.

36. «El yihadismo, por tanto, no es un intento de restaurar una genuina variedad anterior del islam, sino más bien un empeño por crear una doctrina nueva y universalista capaz de actuar como fuente de identidad en el contexto de un mundo globalizado y multicultural. Se trata de un intento de dotar a la religión de ideología y utilizarla con fines políticos, más producto de la modernidad (como el comunismo o el fascismo) que reafirmación de la religión o la cultura tradicionales. En la misma línea, los historiadores Ladan y Roya Boroumand han afirmado que muchas ideas islamistas radicales no son de origen islámico, sino occidental. Si nos remontamos a los pensadores políticos que configuraron la ideología de Al-Qaeda, como Hassan al Banna y Sayyid Qutb, de la Hermandad Musulmana, Maulana Maududi, del movimiento paquistaní Yamaat-e-Islami, o el ayatolá Jomeini, descubrimos una peculiar doctrina sincretista que mezcla ideas islámicas con otras occidentales, préstamos de la extrema izquierda y derecha de la Europa del siglo XX. Conceptos como “revolución”, “sociedad civil”, y “Estado”, y el esteticismo de la violencia no provienen del islam, sino del fascismo y el marxismo-leninismo. Es por tanto un error identificar el islamismo radical como una expresión auténtica y de algún modo inevitable de la religiosidad musulmana, aunque desde luego tenga el poder de reforzar la identidad religiosa y avivar el odio religioso» (Francis FUKUYAMA, *América en la encrucijada. Democracia, poder y herencia neoconservadora*, Buenos Aires, Ediciones B, 2007, pp. 83-84).

pensamiento inauguradas por determinados autores medievales, sino también de un complejo de fenómenos en los que se mezclan tradiciones filosóficas, contextos cultural-religiosos y dinámicas materiales y sociales.

Esta explicación permite revisar la impugnación contra el marxismo por parte de la filosofía cristiana y redescubrir lo que subsiste como vivo en su teoría social: el descubrimiento de la técnica y los medios/condiciones de producción como causa y motor de la ideología. No es posible explicar satisfactoriamente el surgimiento de las ideologías del individualismo posesivo si no se busca su origen en las transformaciones de las técnicas agrícolas y en el desarrollo de instituciones y prácticas financieras que tuvieron lugar a finales de la Edad Media, y que cambiaron el concepto de *propiedad*, permitiendo otras formas alternativas de ella, a través de la acumulación de recursos no perecederos.

La ideología democrática moderna, que es una evolución o desarrollo teórico e histórico del liberalismo, sería inconcebible sin el presupuesto del *pueblo ilustrado*, que tampoco puede plantearse si no se disponen los medios adecuados para que la gente no solamente aprenda a leer y escribir, sino que lo haga regularmente: aún cuando socialmente esa condición fuese prerrogativa de la aristocracia y la burguesía. Al igual que la Reforma, la Revolución es hija (tardía) de la imprenta.

Democracia y nación, en su formulación moderna, son conceptos que no pueden separarse. El concepto de nación participa de la perspectiva ilustrada, aún cuando esta se halle matizada o mediatizada por el romanticismo. Resulta muy difícil entender las ideologías del nacionalismo sin apelar, para explicar su génesis, a la idea de centralización estatal, de homologación jurídica y política y de homogeneización de las identidades, gracias a la difusión de los recursos de la Ilustración y a las innovaciones en materia de comunicación del siglo XIX (el vapor, el ferrocarril, el telégrafo, la prensa masiva), que permitían y enlazar territorios de una forma eficaz. También a los avances en materia militar: la revolución organizativa de los ejércitos de la Europa napoleónica y los desarrollos tecnológicos que le siguieron.

Por su parte, los intentos por desarrollar conceptualmente el proyecto de organización socialista o colectivista de la actividad económica no parecieron más que escauceos moralizantes antes del advenimiento de la Revolución Industrial. El dominio y empleo de las fuerzas de la naturaleza y el desarrollo de técnicas de producción en masa abrió una puerta a las esperanzas de superar definitivamente la escasez material que atenaza desde siempre la existencia del género humano. El socialismo es una teoría de la abundancia, que responde esencialmente a la concepción social de la burguesía del s. XIX. Esta percepción se combinó con los procesos de acumulación del capital y concentración de la propiedad. En su momento, el socialismo desde este punto de vista pareció la evolución natural y el epílogo del capitalismo, apoyado por evidencia presuntamente científica.

De la misma manera, no es posible dar cuenta del fenómeno de las ideologías

totalitarias sin analizar detalladamente las decisivas contribuciones en materia de técnica militar e industrial, organización, comunicación y control que se desarrollaron a fines del s. XIX y particularmente durante la Primera Guerra Mundial. El totalitarismo es un tipo de régimen político fundado en las innovaciones tecnológicas de su época.

Asimismo, el auge renovado del liberalismo económico durante las últimas décadas del siglo XX se explica a partir de los sustanciales avances en materia de organización y gestión que se produjeron por esos años en el mundo de la empresa, apoyada en la tecnología y los procedimientos desarrollados por los Estados beligerantes durante la Segunda Guerra Mundial. Las ideologías de mercado se fundan en la creencia de que la organización y la gestión empresariales son cualitativamente superiores a las del Estado.

Esta ampliación de las causas del fenómeno ideológico y su estrecha vinculación con las innovaciones técnicas no hacen sino reafirmar la tesis propuesta por Massini en *La revolución tecnocrática* y actualizada en *El renacer de las ideologías*:

«Así, en nuestros días asistimos a la sustitución progresiva de la ideología marxista, en crisis acelerada, por la ideología tecnocrática, cuyo despotismo será –en palabras de Tocqueville– “más extenso y más suave y degradará a los hombres sin atormentarlos”. No hay, por lo tanto, “muerte” de las ideologías, sino un constante renacer bajo diversas formas»³⁷.

8. Conclusión: ¿es posible un restablecimiento de la razón práctica?

Los textos de Massini son fieles a la tradición en la que se insertan, que es la filosofía política clásica y su continuidad en el pensamiento cristiano. Por esa razón concluyen en consideraciones que apuntan al restablecimiento de la razón práctica, a la articulación jerárquica de la *praxis* sobre la *poiesis* y la rehabilitación de la *prudencia* como hábito político fundamental. Se trata de un objetivo que no puede sino compartirse, en el que los autores más lúcidos de distintas tradiciones de pensamiento han coincidido.

No obstante, tal restauración no parece ser una tarea sencilla, más allá de los consensos que pueda lograr en el mundo académico. ¿Por dónde empezar? No son exclusivamente los protagonistas principales del orden político, es decir, los gobernantes, los que poseen una perspectiva práctica distorsionada por la ideología y la técnica. Una razón práctica restablecida, una prudencia política restituida en su función rectora debe regir una realidad social (política, económica, cultural) muy transformada y colonizada por la técnica, profundamente penetrada por la ideología.

37. Carlos Ignacio MASSINI, *El renacer de las ideologías*, cit., p. 121.

Respecto del predominio de la técnica y su necesaria subordinación a la política³⁸ ¿puede concebirse la restauración de un imperio político en el sentido clásico/medieval –limitado a funciones de impartición justicia y defensa de las agresiones exteriores– en los contextos altamente complejos y diversificados de las sociedades contemporáneas? ¿Puede en cambio el poder político aspirar razonablemente al dominio de todas las técnicas que requiere el gobierno de esas sociedades? Las respuestas pueden encontrarse en Carl Schmitt, quien a principios de la década de 1920 explicó el fenómeno de la pugna entre la forma política y la técnica en ascenso (en ese caso, la economía) con clara precisión.

«A partir de la pretensión de ser algo más que lo económico, en lo político surge la necesidad de fundamentarse en otras categorías distintas de la producción y el consumo. Especialmente en la medida en que el empresario capitalista y el proletario socialista por igual (para decirlo otra vez) consideran la pretensión de lo político como una arrogancia, y en que fundados en su pensamiento económico estiman que el dominio de la política no es “objetivo”. Esto significa, desde una visión política consecuente, que determinadas agrupaciones sociales de poder (poderosos empresarios privados o el conjunto organizado de trabajadores de determinadas empresas o sectores industriales) utilizan su posición en el proceso productivo para conseguir el poder estatal. Cuando estos se vuelven contra los políticos o la política como tal, en realidad aluden a un poder político concreto que provisionalmente se interpone en su camino. Una vez que se consigue dejar de lado ese poder político, también pierde su interés la construcción de la antítesis entre pensamiento económico y político, y nace un nuevo tipo de política al servicio del nuevo poder establecido sobre una base económica. Pero lo que ellos pongan en marcha también será política, esto es, la promoción de un tipo específico de validez y autoridad: invocarán su absoluta necesidad, la *salut public*, y así se encuentra ya en el terreno de la Idea [política]»³⁹.

Estas son precisamente las condiciones actuales en las que se obtiene la legitimidad política, el medio en el que debe operar el político de hoy: no posee prácticamente márgenes acción fuera de la férrea configuración ideológica y técnica de las sociedades occidentales contemporáneas. Un proyecto político con verdadera vocación de poder difícilmente pueda someter o contrarrestar estas estructuras materiales e ideológicas sobre las que se cimentan las sociedades actuales. Por otra parte, el ideal revolucionario está fuera de la agenda de la lucha política, y en el caso de que alguien se atreviera a ponerlo en marcha incurriría en un planteamiento propiamente *ideológico*, por más que su revolución fuese «restauradora».

La pretensión de dominio total de los regímenes de la primera mitad del siglo XX

38. Carlos Ignacio MASSINI, *La revolución tecnocrática*, cit., p. 20.

39. Carl SCHMITT, *Catolicismo y forma política*, estudio preliminar, traducción y notas de Carlos RUIZ MIGUEL, Madrid, Tecnos, 2000, pp. 21-22.

parece ya superada por el propio desarrollo tecnológico y también por la evolución de la ideología. El totalitarismo es hoy un modelo obsoleto. Los actuales dispositivos de control político y social se han perfeccionado, limitándose a operar sobre algunas variables –y abandonando otras, por ser marginales, irrelevantes o susceptibles de control indirecto– casi siempre con propósitos de estabilización de los sistemas⁴⁰.

Pero la constatación de este fenómeno no implica que se haya operado una restitución de la razón política. La impotencia contemporánea del poder político se manifiesta veladamente en la discusión académica actual, a través de los difundidos eufemismos de *gobernanza* y *governabilidad*. De este modo, la razón política –entendida aquí en los términos clásicos de prudencia política o arquitectónica– apenas puede aplicar su deliberación prudencial a la *selección, puesta en práctica y sostenimiento/perfeccionamiento de la técnica* que resulta imprescindible para estabilizar el orden social o impulsar las siempre modestas y puntuales transformaciones que se propone⁴¹.

40. El autor aquí estudiado sostiene que entre los rasgos propios de la política tecnocrática se encuentran el *totalitarismo* y el *carácter revolucionario*. Carlos Ignacio MASSINI, *La revolución tecnocrática*, cit., pp. 34-49. Los mismos rasgos atribuye a las ideologías. Carlos Ignacio MASSINI, *El renacer de las ideologías*, cit., p. 112. Resulta necesario que revisar estas tesis, puesto que el propio avance tecnológico en materia de supervisión y control permite seleccionar variables fundamentales que relevan al poder tecnocrático de una presencia y dominio totalitarios. Respecto del carácter revolucionario de la técnica, Massini tiene interesantes convergencias con otro gran autor de la ciencia política y el derecho, Carl Schmitt. «La inteligencia y el racionalismo no son revolucionarios en sí mismos, sólo lo es el pensamiento técnico, ajeno a todas las tradiciones sociales: la máquina no posee tradición. Una de las intuiciones de Karl Marx sociológicamente mas fecundas es haber dado a conocer que la técnica es realmente el principio revolucionario, y a su lado todas las revoluciones basadas en el Derecho natural resultan arcaicas niñerías» (Carl SCHMITT, *op. cit.*, p. 34). En efecto, no parece que el pensamiento revolucionario pueda darse sin el fundamento de la técnica como proceso de transformación radical y profunda del orden social. Pero los usos políticos de la técnica no se circunscriben a las empresas revolucionarias. En la actualidad, independientemente de la dinámica propia de las sociedades del capitalismo avanzado, la tecnocracia apunta a la estabilización de los sistemas.

41. Sobre la relación entre prudencia y técnica puede encontrarse una acertada síntesis en Carlos Ignacio MASSINI, *La revolución tecnocrática*, cit., pp. 127-128. En el locus referido se encuentra no obstante una tesis que sería preciso revisar y discutir en detalle, pero que aquí sólo podemos tomar nota: tal la primacía de la *ética* sobre el *arte*. Tratándose la *ética* de un tipo particular de praxis subordinada a la praxis por excelencia, es decir, la *política*, el autor introduce en su exposición un matiz que como poco enrarece la claridad de su argumentación. Asimismo, sería materia de otro trabajo cierto menosprecio o desvalorización que, quizá en virtud de la tesis que resueltamente defiende o la intensidad retórica que le imprime a sus argumentos, el autor (y otros muchos que pertenecen a la misma tradición filosófica) muestra hacia la técnica como componente subordinado de la

La labor de síntesis que supone toda decisión política se vuelve cada vez más difícil en un universo fragmentado en una miríada de sistemas, cada uno provisto de su técnica específica, poblado de interacciones y amenazado constantemente por efectos impredecibles o no deseados. El imperio político en la actualidad se presenta, aún en sus formas más acordes con la tradición política occidental, como una *tecnocracia*. En general, la técnica que posee una hegemonía incontestada en todo plan de gobierno es la que determina el manejo de la *economía*, en sus formas de promoción, regulación, protección, control o planificación.

En lo que respecta a la impregnación de la ideología en las sociedades contemporáneas, resulta necesaria una imprescindible adaptación del poder político a las condiciones que tal situación plantea. No es solamente que el poder político está *ideologizado*: independientemente de su propia ideologización, se encuentra con una sociedad que también lo está, con una estructura jurídica e institucional que responde a muy consolidados postulados ideológicos. En el grado de modernización de las sociedades occidentales resulta imposible identificar precisamente, «aislar» la ideología de la realidad que la sostiene y a la que (en parte) da forma. Plantear la ideología como un elemento extraño, con contornos precisos, perfectamente identificables, dentro de otras concepciones sociales o representaciones políticas implica desconocer la naturaleza de los conceptos sociales y políticos.

Las sociedades y las instituciones contemporáneas están penetradas y en ocasiones estructuradas por ideologías propiamente políticas, como la democracia, el individualismo posesivo o el nacionalismo. O extrapolíticas pero con directa incidencia en la política: de mercado, de consumo, de bienestar, de realización/emancipación individual. El poder político se ve obligado a legitimarse en función de estas ideologías y también a operar en el marco de acción que se le tolera. Frecuentemente se ve obligado a manipular estos principios ideológicos para poder actuar acorde con las circunstancias.

Un ejemplo contemporáneo que puede mencionarse en este sentido es el de la creciente dificultad que se observa en el ejercicio del poder, en un contexto de instituciones democrático-liberales, en lo que hace al principio de *publicidad de los actos de gobierno*⁴². ¿Es posible sostener la legitimidad de los principios y las instituciones democráticas, independientemente de la realización efectiva que han tenido en el pasado, frente a la dinámica de los factores políticos, económicos,

política y el derecho.

42. El problema fue planteado en la década de los ochenta, con gran valentía pero con resultados más bien insatisfactorios, por Norberto Bobbio. Una recopilación reciente de sus trabajos sobre este asunto puede encontrarse en *Democracia y secreto*, México, FCE, 2013.

sociales, culturales o tecnológicos contemporáneos? Dadas estas condiciones y aún comprobando que la brecha entre los ideales democráticos y la realidad que los sustenta, resulta imposible plantear una forma alternativa de legitimidad política: la ideología muestra su plena actualidad y vigencia.

Esta ubicua, difusa presencia de la ideología en el mundo contemporáneo no exime a los actores políticos y sociales, analistas, intelectuales y académicos de llevar a cabo el arduo trabajo de distinguir entre lo que permite entender la realidad social y política y lo que la oculta, entre lo que es propio e impropio, lo bueno y lo malo. En el contexto prácticamente incontestado de las concepciones modernas del hombre y el mundo, el concepto de ideología, con su extraña evolución, su polisemia al borde del equívoco, sus numerosas variantes, sus fases históricas de elaboración teórica y de olvido, de predominio y remisión, sigue siendo imprescindible en el campo de las ciencias sociales y la acción política.

En este sentido los trabajos de Carlos Ignacio Massini Correas constituyen un aporte insustituible, puesto que exploran y ponen en evidencia aspectos de la ideología que hoy son mayormente ignorados, como sus orígenes filosóficos y también sus vinculaciones con las formas tradicionales de representación y pensamiento. Teniendo en cuenta que el paradigma ilustrado de la derogación del pasado parece cada vez más debilitado y sitiado por la crítica, sus aportaciones se presentan revestidas de un remozado interés.

9. Bibliografía

ABERCROMBIE, Nicholas; HILL, Stephen; TURNER, Bryan S., *The Dominant Ideology Thesis*, London, George Allen and Unwin, 1980.

BOBBIO, Norberto, *Democracia y secreto*, México, FCE, 2013.

BRACHER, Karl Dietrich, *Zeit der Ideologien: Eine Geschichte politischen Denkens im 20. Jahrhundert*, Darmstadt, DVA, 1982.

ECCLESHALL, Robert; GEOGHEGAN, Vincent; JAY, Richard; WALFORD, Rick, *Political Ideologies. An Introduction*, London, Unwin Hyman, 1984.

FORTIN, Ernest L., «Santo Tomás de Aquino», en STRAUSS, Leo y CROUSEY, Joseph (compiladores), *Historia de la filosofía política*, México, FCE, 1996, pp. 245-246.

FUKUYAMA, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Paneta, 1992.

FUKUYAMA, Francis, *América en la encrucijada. Democracia, poder y herencia neoconservadora*, Buenos Aires, Ediciones B, 2007, pp. 83-84.

GALBRAITH, John Kenneth, *The Affluent Society*, 3ª ed., Harmondsworth, Penguin Books, 1979.

GHIRETTI, Héctor, «Cristianismo e izquierda. Claves para la introducción a una relación compleja», *Nostramo. Revista crítica latinoamericana* (México), año V, n. 6 (2013), pp. 115-125.

GHIRETTI, Héctor, *Pensamiento de la escasez y pensamiento opulento. O los intelectuales en las sociedades de la precariedad*. En prensa.

GÓMEZ DE ARANDA, Luis, *El tema de las ideologías*, Madrid, Europa, 1966.

HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, Buenos Aires, Taurus, 1981.

HILB, Claudia, *Silencio, Cuba. La izquierda democrática frente al régimen de la Revolución Cubana*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.

KOSELLECK, Reinhart, «Time and Revolutionary Language», en SCHÜRMAN, Reiner, *The Public Realm. Essays on Discursive Types in Political Philosophy*, Albany, State University of New York Press, 1989.

MAGUIRE, Kenneth, *Alien Powers. The Pure Theory of Ideology*, London, Weidenfeld & Nicolson, 1985.

MASSINI, Carlos Ignacio, *La revolución tecnocrática*, Mendoza, Idearium, 1980.

MASSINI, Carlos Ignacio, *El renacer de las ideologías*, Mendoza, Idearium, 1984.

MÉSZÁROS, István, *Philosophy, Ideology and Social Science*, New York, St. Martin's Press, 1986.

OSBORNE, David; GAEBLER, Ted, *La reinención del gobierno. La influencia del espíritu empresarial en el sector público*, Barcelona, Paidós, 1994.

PASTOR RAMOS, Gerardo, *Ideologías. Su medición psicosocial*, Barcelona, Herder, 1986.

PIEPER, Josef, *Esperanza e historia*, Salamanca, Sígueme, 1968.

RAWLS, John, *Teoría de la justicia*, México, FCE, 1985.

RICOEUR, Paul, *Lectures on Ideology and Utopia*, New York, Columbia University Press, 1986.

SCHMITT, Carl, *Catolicismo y forma política*, estudio preliminar, traducción y notas de Carlos RUIZ MIGUEL, Madrid, Tecnos, 2000.

VALLESPÍN, Fernando, «El pensamiento en la historia: aspectos metodológicos», en RIEZU MARTÍNEZ, Jorge y ROBLES EGEA, Antonio (eds.), *Historia y pensamiento político. Identidad y perspectivas de la Historia de las Ideas Políticas*, Granada, Universidad de Granada, 1993.